

## Sociedad

### *Alarde de pirotecnia digital del suizo*

# *Creativa, personal interpretación de Jean Baptiste Müller en su recital en el Olimpo*

Antepongamos la confesión: no sin ciertas reticencias acudimos anteanoche al recital del pianista suizo Jean Baptiste Müller en el auditorio del Olimpo.

No podemos evitar la desconfianza cuando las referencias de vida y obra —el famoso *curriculum vitae*— refulgen en demasía como precisamente era el caso de este helvético rubio, algo desgarbado y todo sonrisas.

Aparte, en junio ppdo. leímos una crónica sobre el recital que Jean Baptiste desarrollara en el auditorio Blas Galindo de la metrópoli como homenaje a los compositores mexicanos del siglo XX (Moncayo, Alfredo de Elías, Leonardo Vázquez, etc.). Una autorizada pluma lo llamó “mecanógrafo del piano”, lo que nos hacía temer ejecuciones mecánicas y sin imaginación con las cuales se desperdiciarán los recursos del rey de los instrumentos.

Tras escuchar a Müller en selecciones de Schubert, Chopin y Debussy no podemos decir que compartamos plenamente la opinión del culto comentarista capitalino, pues aunque el suizo no siempre respeta las indicaciones armónicas de la partitura (utiliza el *messoforte* en lugar del *pianissimo*), descuida a veces el pedal de sordina e incurre en ambigüedades rítmicas, ejerce una lectura de relevante intensidad en la cual aparecen personalísimas equivalencias que no distorsionan las ideas originales.

Müller es uno de esos ejecutantes creativos, estilísticamente dotados como para replantear el perfil de una composición ya sagrada en los repertorios sin incurrir en auténtica blasfemia.

El suizo inició su presentación con el cuarto de los *scherzos* compuesto por Federico en el transcurso de su enfermiza existencia. Pieza exquisita, con muchas atenuaciones que Jean Baptiste no siempre respetó a cambio de revelar una ímpetuosa vena que por lo general subyace.

Con Schubert, el visitante obró con infinito cuidado, de forma tal que el par de *impromptus* del Op 90 (Mi Be-

mol y La Bemor) resultaran las radiantes gemas del romanticismo que todos conocemos desde la infancia, justos en su tiempo y acentuación, con ese apasionado apremio del Franz que sospechaba —con razón— que la muerte rondaba su juventud.

Más expresionistas que impresionistas en sus manos, las tres imágenes de Claudio Debussy que Müller trabajó con pirotecnia digital adolecieron un tanto en lo que se refiere a evidencia de contrastes. No obstante, el *Homenaje a Rameau* resultó ejemplar entre los tres fragmentos, bellísimo como oro en estambre. Fue ahí donde advertimos a un Jean Baptiste diligente en el rescate de las muchas posibilidades de magia que el francés escondiera en los compases de sus “ventanas” hacia la sensación pura.

Tras un intermedio inusitadamente prolongado en el que la sala se mantuvo, con gran descortesía, en la semipenumbra, el suizo cerró la velada con cuatro autores mexicanos. En primer término, escuchamos un *Valson* de Arturo Márquez, compositor actual cuyo temperamento ecléctico le permite asociar influencias modernistas y populares.

Vino después la radiante adaptación pianística que el gran José Rolón hiciera del vals *Sobre las olas* de Juventino Rosas. La interpretación de Müller —airosa, pavoneada de vivacidad— arrancó tantos aplausos como el interludio *Muros verdes*, en el que José Pablo Moncayo revela la influencia melódica de Maurice Ravel ya acomodada a su peculiar concepción rítmica.

El intérprete dejó ir al público con la impresión de la *Sonata No. 2* de Federico Ibarra. De diseño abierto, con resuelto juego de motivos, esta pieza ya se encuentra frecuentemente en los recitales pianísticos de toda América Hispana. Müller logró articular los racimos sonoros que se erigen como centro de la composición.

El pianista suizo repetirá el programa esta mañana, a las doce, en el mismo auditorio del Olimpo.— Jorge H. Alvarez Rendón.